

ELOGIO DESMEDIDO DE MANUEL SACRISTAN

Manuel Sacristán no despierta excesivas simpatías entre algunos de los que fueron sus compañeros en los difíciles años cincuenta y sesenta. No creo que esto le importe a él demasiado: sus preocupaciones son otras y van por otro camino. Y resulta que yo, que creo conocerle bastante bien, sí siento simpatía por Manolo, simpatía y, como decían nuestras tías, también respeto.

Me explicaré.

A Sacristán se le suelen contar más las equivocaciones que los logros, quizá porque se le atribuía una responsabilidad mayor que a los demás, y en cierto modo, la tenía. Se hablaba de su inflexibilidad en las discusiones más que de su rigor al exponer su pensamiento; se criticaban sus Soluciones prácticas sobre actitudes a tomar por los estudiantes e intelectuales en la lucha clandestina, sin pararse a pensar que él, en muchos casos, era sólo el transmisor de decisiones que le llegaban impuestas. Pero cuando la decisión partía de él y se aperci- bía luego de su inoperancia, no dudaba en autocriticarse sin esperar a que le "autocriticaran" después a él.

En fin, el caso es que a Sacristán siempre se le han reprochado cosas: que si militó en el Frente de Juventudes y en el SEU, que si su etapa orteguiana le llevó, por rechazo, a convertirse en un teórico marxista demasiado rígido, que si entre los jóvenes intelectuales antifranquistas valoraba más la obediencia y seriedad, que sus dotes como escritores, artistas o profesores, y, por supuesto, que su alegría revolucionaria, pues su sentido del humor le dejaba frío, etc., etc.

Pero yo le he visto siempre desde otra perspectiva: me gusta dis-



cutir con Manolo sobre literatura, pelearme al enjuiciar la obra de cualquiera de nuestros amigos, escucharle hablar de poesía alemana o italiana, de novelas policíacas, no sé... Sin darme cuenta, las conversaciones tocaban los puntos no sometidos directamente a la presión de su blindaje ideológico, y él parecía sentirse bien entonces, pues era cáustico, animado, divertido. Recuerdo, en especial, la larga charla, en Puigcerdá, sobre Edgar Alan Poe, después de asistir a la proyección de una bastante mediocre película basada en tres narraciones de este autor. Se rió mucho aquella noche, y no fué la primera vez que, en conversaciones informales, le he visto reír. Añado que, en su compañía, siempre me he sentido bien, nada incómodo ni envarado como dicen que les ocurría a algunos de sus correligionarios, que, sin darse cuenta, adoptaban el porte de estudiantes comedidos y atentos que esperan ser aprobados por el maestro, aprobados de lo que sea.

Hasta aquí, algunas de las razones de mi simpatía por el tímido y temido Manolo Sacristán. Las otras razones, las de mi respeto, son más compartidas por otras muchas gentes: Sacristán es el teórico marxista más serio del país, dejando aparte a Fernando Claudín, cuyos estudios y trabajos van por otros pagos. Sacristán, con sus escritos y publicaciones (Filosofía, 1958; Introducción a la lógica y al análisis formal, 1964; Lecturas: Goethe, Heine, 1967; Antología del pensamiento de Gramsci, 1973), con sus traducciones de Marx, Engels y Lukács, y con su fundación de revistas como Laye o Materiales, ha desasnado a mucho compañero y a mucha camarada, acostumbrados a la tontada catequista del Politzer y a las hojas dominicales de la parroquia respectiva.

Prueban de verlo así: un hombre tímido, nada intuitivo, un estudioso apasionado



apasionado, un magnífico profesor universitario, un inconformista frente a modas coyunturales, un hombre al que la vida no ha dado demasiados motivos para reír, pero que sabe reírse si sale de su caparazón, lo aseguro.

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO.

ENERO 1979